

Capítulo 1

Miércoles 8 de abril del 2020

Un día antes del estado de alarma, mi abuela Elvira falleció. Me reprochaba a mí mismo por no haber regresado a mi México, como nos propusieron por parte de la universidad. Hasta ahora me he perdido decenas de comidas familiares, cumpleaños, un funeral, una boda, dos nacimientos, e incontables momentos de felicidad y tristeza. Si pudiera regresar en el tiempo, no me lo pensaría dos veces, ¡les hecho tanto de menos!

Estaba encerrado veinticuatro horas, siete días a la semana, en mi diminuta cueva de diez metros cuadrados. Al entrar, a la derecha, un pequeño servicio, con una bañera en la que cabía haciendo esfuerzo y doblando las piernas. La habitación constaba de una cama de noventa, junto a ella, una mesa de noche. Una pequeña nevera, en la que cabían exactamente seis cervezas, dos ensaladas y dos raciones de lasaña. A solo unos centímetros, mi escritorio, donde pasaba casi todo el día. Era mi sitio de trabajo, comedor, centro de juegos, cine, bar y todo lo que necesitara. Tampoco tenía más opciones. Cuando nos confinaron, la dirección de la residencia fue muy tajante al respecto; podríamos seguir viviendo ahí, pero no podíamos salir de nuestras habitaciones salvo para calentar la comida en un par de microondas que nos proporcionaron en el salón de convenciones, y una vez a la semana para hacer la compra.

Desperté pasadas las cinco de la tarde. Algo normal en esa época. Me desvelaba casi todas las noches. Como muchas otras personas, modifiqué del todo mi ciclo de sueño. Estaba atontado. Era imposible abrir los ojos abarrotados de legañas. Para mi sorpresa tenía hambre. Desde la primera semana perdí el apetito. Nunca he sido de los que gustan de comer solos y ahora

me obligaba a hacerlo, aunque lo que antes comía en un día, ahora me duraba dos o tres. Debajo de la cama tenía una cesta artesanal de palma que compré en mi última visita a México. Esa era mi despensa. En su interior guardaba algunas latas: dos de cocido, cuatro de fabada, y una de albóndigas que tenía ahí desde el inicio del encierro. La primera que comí me supo tan mal que hasta la fecha no he vuelto a comerlas. Cogí una de fabada, vertí su contenido en un táper. Uno de los peores inconvenientes de pasar el confinamiento en una residencia, por no decir el peor, era no tener dónde cocinar. Antes solía ir a alguna de las cafeterías de la universidad o a sitios de comida para llevar, así que no me importaba demasiado no poder preparar mis propios alimentos. Ahora todos los días estaba obligado a comer de latas, o bandejas de comida prefabricada. Una semana no estuvo mal, pero, después de tanto tiempo, solo pensar en meterme alguna cucharada, me hacía sentir sebosa la boca, como si me untaran manteca.

Abrí la puerta de mi jaula, miré hacia ambos lados del pasillo. Vacío. En ese momento estábamos solo catorce personas en la residencia, ninguno de ellos en mi piso. Sabía de un argentino y una brasileña en la última planta, una sevillana y un palentino en la segunda y una pareja en el primero, al resto los habían traído de las otras residencias que cerraron.

Antes del encierro, no había día que no tomara el ascensor. Ahora, las escaleras eran mi gimnasio. Al comienzo del confinamiento, en la televisión daban consejos de como pasar el tiempo, el más repetido era hacer una rutina. Trabajar, dormir y comer a las horas que correspondía, y, sobre todo, hacer ejercicio con regularidad. Lo hice lo mejor que pude: al tercer día del encierro pasé del ejercicio, la primera noche no dormí.

Con cuidado de no tropezar inicié mi recorrido, ya que iba con mi uniforme de diario: pijama y chanclas. El crujido de las viejas escaleras de madera anunciaba al edificio entero que alguien se disponía a bajar. Al llegar a la segunda planta me detuve a

mirar uno de los tantos cuadros que están colgados por toda la residencia. Escuché música al final del pasillo, lo que me despertó de mi pequeño trance. Las escaleras para bajar a la recepción son de piedra, así que la orquesta que tocaban mis pasos había terminado.

En la entrada estaba Pilar. Era con la que menos había convivido de todos los recepcionistas. Una persona muy activa, siempre trabajando con la directora de la residencia. Organizando la entrada y salida de los huéspedes, revisando las reservas. Parecía siempre estar ocupada con esto o aquello. Aclaré la garganta para que notara mi presencia.

—¡Hombre!, ¡que sorpresa!, ¡dos semanas sin verte! —exclamó Pilar.

Era difícil coincidir con cualquiera de los recepcionistas, salvo con el que estaba a la hora de la comida.

—Pues ya ves, que he estado de viaje —dije, seguido de una risa burlona.

—¡Ya te digo!, si yo vengo de pasar unos días en Francia con mi marido —contestó—. Supongo que bajas a calentar. Tienes que esperar un poco, que están Paula y Cristian.

El límite era de dos a la vez en el salón.

—Ok, no hay problema —dije sin disimular mi molestia, pues quería comer lo más rápido posible para ir a la compra y dejar aquella prisión.

Me aparté. Por las normas de seguridad, no podíamos estar a menos de dos metros del mostrador. Me asomé por las puertas de cristal, tenía la oportunidad de mirar la calle de cerca y no la iba a desperdiciar. Frente a la residencia, un bar cerrado, y donde antes estaba la terraza, ahora se encontraban las mesas y sillas amarradas con una gruesa y larga cadena metálica que desde mi balcón no podía mirarlas por el toldo. Me giré hacia la derecha. Al ver la librería Oletvm recordé.

—Pilar, perdona, eres escritora, ¿cierto?

—¡Sí claro!, de hecho, no hace mucho presenté mi último libro.

—¡Es verdad!, recuerdo un cartel junto al ascensor. Te comento: hace unas semanas comencé a escribir.

—¡Qué dices! —dijo muy sorprendida.

—Claro, de alguna forma tengo que matar el tiempo. Por cierto, te quería pedir un favor.

—Cuéntame. —Se levantó de la silla, y se acercó un poco, respetando los dos metros entre nosotros.

—Me gustaría que leyeras la novela que estoy escribiendo, y me dieras tu opinión.

Inclinó un poco la cabeza, me miró por encima de sus lentes y levantó la ceja izquierda. Daba la impresión de que mi petición no le había convencido, incluso diría que le había ofendido. Hizo un par de muecas. Estuve a nada de retirar mi petición, y de ofrecer una disculpa.

—Bueno chico, ¿qué quieres que te diga?, nunca he escrito una novela, me dedico a la historia, pero, si quieres, puedo mirarlo y darte mi opinión.

—¡Claro, claro, me encantaría! —dije sin disimular mi entusiasmo—. Venga, pues ahora cuando salga a la compra te bajo mi libreta.

—Ah, ¿Qué escribes a mano? —preguntó sorprendida.

—Sí, —Solté una pequeña risa nerviosa— lo prefiero, me gusta que sea más tangible que un archivo en un ordenador.

Paula y Cristian salieron del salón. Calenté a medias. Subí por el ascensor. Tragué un par de cucharadas de mi fabada. Con prisa me di una ducha, «¡joder, que guay!», dije en voz alta, estaba emocionado al pensar que una escritora daría su opinión de mi texto, «¿y si no le gusta?», pensé. Salí de la ducha. Me puse los vaqueros que tenía debajo del escritorio y una camisa limpia. Un poco de perfume. Cogí las bolsas de tela que yacían junto a la nevera. Por último, y más importante, mi libreta. Bajé corriendo.

—Listo Pilar —dije agitado. La inactividad había hecho estragos en mi condición física.

—¡Sí que tienes prisa! —dijo riéndose.

—Bueno, ya sabes, hoy es día de compra. —Intenté disimular mi emoción por que leyera mi historia.

—Venga, quita que te abro. —Se levantó de la silla. Dio dos vueltas a la llave que estaba en la cerradura—. Disfruta del paseo.

—Pilar, perdona, ¿te dejo mi libreta en el mostrador?, así cuando tengas tiempo le echas un ojo.

—Sí, sí, tú déjala ahí.

Caminé hacia la calle Regalado. Cerré los ojos pues la luz del sol me cogió por sorpresa. En mi pequeña habitación no tenía más que quince minutos de sol dado que los edificios proyectaban su sombra sobre mi ventana. Miré hacia la derecha. Al final de la calle se veía la catedral asomándose sobre el edificio de la Cárcaba, el primer bar donde comí una tapa cuando llegué a España. Tenía unas ganas infinitas de ir a la plaza de Portugalete y admirar de cerca la catedral. Hice un amago, pero al ver un par de policías a media calle desistí. No quería llegar al Carrefour de la calle de Santiago, el supermercado donde por proximidad a la residencia me tocaba hacer la compra. Di un pequeño rodeo. Me dirigí lo más lento que pude hasta la plaza de Fuente Dorada. Esas bocanadas de aire, y la calidez del sol rozando mi piel, me daban fuerzas para vivir una semana más. Respiraba lo más profundo que podía. La primavera se notaba en el aire. Giré en dirección a la plaza Mayor. Los militares y policías interrogaban a los viandantes. Por fortuna a mí no me detuvieron. Me daba miedo que lo hicieran. En mi mente repetía una y otra vez la película de cómo sería el momento en que me preguntaran: «¿Qué haces aquí?, hay un camino directo al Carrefour desde donde vives», ¿me multarían?, o, ¿les daría igual que recorriera un par de calles más? Seguí con mi senda.

Las redes sociales, y en algunas ocasiones los noticieros, se burlaban o, mejor dicho, nos daban un respiro de tanta mala noticia. Una de las que más circuló aquellas primeras semanas fue un vídeo en el que dos mujeres encarnaron una batalla

campal en el pasillo de un supermercado. Se dejaron uñas y dientes para conseguir el último paquete de papel higiénico del establecimiento. ¡Ni que fuera el único en todo el universo! Uno pensaría que, en una situación que en principio parecía ser, exagerando, el fin del mundo, la gente buscaría hacer acopio de objetos de extrema utilidad y necesidad. Tal vez aquellas malditas latas de comida, quizás linternas, velas, bombonas de butano o cuchillos para cazar, ¿quién hubiera dicho que las personas iban a perder la cabeza por algo para limpiarse el culo?

En la residencia nos proporcionaban este nuevo preciado bien, así que no tenía necesidad de acercarme al pasillo del papel higiénico. Sin embargo, ese día me apeteció ver el estado del campo de batalla.

¡No lo podía creer!, no quedaba ni un solo paquete. Mi primera reacción fue tomar unas cuantas fotografías, ¡incluso, habían terminado con el papel de cocina!, «se habrán quedado a gusto al limpiarse», pensé mientras dejé escapar una pequeña sonrisa. Una mujer se dirigía hacia mí. Para alejarme lo más posible de ella di media vuelta. Seguí con la compra.

Al salir del supermercado, miré en dirección al Campo Grande. Pensé en ir pero, una vez más, el miedo a ser multado me lo impidió, además, la curiosidad de conocer la opinión sobre mi texto me llamaba a regresar a la residencia.

Pilar abrió la puerta

—Hombre, sí que has tardado.

—Ya, ya, perdona, esta vez había bastante gente. —No quería que supiera el rodeo que había dado.

—Te comento: he comenzado, pero has escrito mucho y me ha costado entender tu letra, además tengo otras cosas que hacer.

Me desanimó. Daba la impresión de que no quería seguir leyendo. Aunque seguro que notó la desilusión en mi rostro, porque la conversación dio un giro que no esperaba.

—Bueno hombre, si te parece, puedes dejarme la libreta, te la doy en tres días junto a mi opinión —dijo con un tono condescendiente.

Dudé por un momento. Alejarme de mi libreta era impensable. Me agobió la idea, pero ya le había pedido el favor, y estaba haciendo espacio en su agenda para ello.

—Bueno, sí, claro, no hay problema —mentí.

¿Qué otra cosa podía hacer?, vaya gilipollas parecería si se la hubiera arrebatado. Podría haberme inventado cualquier excusa absurda, como que si no escribía aquella noche se me caería el pulgar de la mano izquierda, ¿qué iba a hacer yo con solo cuatro dedos? Debía coger el móvil con la mano derecha, y aprender a escribir con el índice.

¿Y, si a medianoche tenía la necesidad de escribir? Podía intentar hacerlo en algún folio y, cuando recuperara la libreta, transcribirlo. En ese momento no me pareció mala idea, por lo que se la dejé.

—Venga, pues lo dicho, nos vemos en tres días.

Subí a mi cueva. Intenté trabajar. La ansiedad de no tener mi libreta me impidió concentrarme más de unos pocos minutos. Puse una película. La quité. Intenté con otra, pero nada me parecía bien. Probé con una serie, y era lo mismo. Traté con música. Primero pop en español, después rock en inglés, recorrí diez géneros distintos en tres minutos. Decidí probar suerte con mi cantante favorito, Luis Eduardo Aute, que había fallecido unas semanas atrás. Lo único que logró tranquilizar a mi acelerado corazón fue la canción Invisible. “Si fuera el gato burlón de Cheshire, haría un trato con mi creador, no sonreiría jamás si consiguiera, que Alicia sonría entre tanto horror...”. Me recosté y la escuché en bucle una y otra vez hasta que perdí el conocimiento. Sin embargo, como era costumbre, el recepcionista nocturno pasó por fuera de mi habitación. Parecía que se había ensañado conmigo. Me despertó poco después de las tres de la mañana. Me pareció que dio un pequeño golpe en mi puerta que fue lo que